

Sombras chinas

GERMÀ BEL

(Publicado en *El Periódico*, 17 de mayo de 2005)

Sombras chinas se ciernen sobre algunos sectores de la economía europea, sobre todo el textil. Hubo previo aviso. Hace mucho que sabíamos que la apertura total de los mercados a las exportaciones chinas (por cierto, es bueno recordar que al revés también) tendría un fuerte impacto sobre industrias europeas de salarios bajos.

Al fin, este año ha llegado la supresión de las cuotas de las exportaciones chinas. La conmoción ha sido inmediata, y los grandes damnificados son los sectores textiles en países como Honduras y El Salvador, que han perdido gran parte de su cuota en el mercado estadounidense. Las consecuencias están siendo dramáticas en algunas zonas de estos países, donde tales industrias son un factor de arrastre para el resto de sectores, muchos de ellos con grandes dificultades para salir de la economía informal. El cierre de factorías textiles es un golpe del que tardarán mucho en recuperarse. Y además, no existe ahí un sistema de bienestar social que amortigüe el impacto sobre los trabajadores afectados.

En la Unión Europea también están recibiendo el impacto las empresas textiles que han sido incapaces de cambiar hacia producción de alto valor añadido. La asociación de productores europeos, Euratex, reporta unos datos impresionantes sobre el aumento de las importaciones de textiles chinos. Claro que estos datos hay que contrastarlos con los del Consejo Nacional de la Industria Textil de China, mucho más moderados. Alguien miente. O, quizás, todos los directamente interesados se apartan de la verdad, pues la defensa de intereses particulares es siempre muy apasionada.

Es cierto que las dimensiones de China son enormes, y su potencia económica crece a un ritmo muy intenso desde que enfocó la transición a una economía de mercado mucho mejor que Rusia, que había sido asesorada por el FMI y por algunos predicadores de la turbo-privatización. De ahí la capacidad de China para distorsionar el mercado mundial. También para dañar el tejido productivo de algunos países menores. Recordemos el ejemplo ya mencionado de Honduras y el Salvador.

Además, es muy probable que las autoridades chinas estén manipulando algunos mercados para mejorar artificialmente la competitividad exterior de sus productos. El ejemplo más importante es el tipo de cambio de su moneda. Muchos economistas piensan que la divisa china está entre el 20% y el 30% por debajo del nivel que tendría si flotase libremente. Por esto, las autoridades chinas tienen una posición bastante débil cuando reivindican la aplicación de las reglas de libre comercio a sus exportaciones, mientras que las vulneran con contumacia en mercados como el de divisas.

Pero una apreciación de la divisa china no arreglará por sí sola los problemas del textil en Europa. Y otros argumentos que se vierten sobre el asunto parecen mucho más débiles. Por ejemplo, la apelación a las malas condiciones laborales en China. Es cierto que las condiciones de trabajo en muchos países menos desarrollados son malas, aunque en este sentido China no está entre los peores. Sería deseable establecer algún tipo de estándares mínimos internacionales en materia laboral para poder acceder a los mercados mundiales. Claro que EEUU se niega a ello

en redondo, aunque ha abierto un expediente a China por posible dumping. Y, en todo caso esto tiene un límite: carece de sentido económico e histórico exigir estándares laborales europeos a los países pobres.

También parecen bastante estériles las críticas al posible uso de productos dañinos para la salud en China. No creo que debamos albergar duda alguna de que la venta de estos productos estaría prohibida si pudiesen ser dañinos para la salud de los consumidores europeos. ¿Qué es lo que preocupa entonces? ¿La salud y seguridad de los trabajadores chinos? Bueno, esto es un tanto paradójico, dicho desde España. Al fin y al cabo, no hace mucho un telefilme nos recordaba un desgraciado episodio de 1992 en el textil español, con la muerte de seis personas a raíz del uso de aerógrafos que desprendían gases venenosos. Este tipo de argumentos sanitarios no son demasiado distintos de los usados por el gobierno de EEUU hace muy pocos años para limitar la entrada de cítricos españoles en aquel país...mientras éstos podían acceder al mucho más exigente mercado de Canadá. ¡Proteccionismo puro y duro!

En fin. Los sectores industriales y de servicios de los países desarrollados han destrozado sectores poco competitivos en países pobres que habían abierto sus mercados al comercio mundial. Y no se ha oído demasiado ruido. En esta ocasión el daño lo está sufriendo una parte limitada de la industria textil europea (no el conjunto de industrias y consumidores europeos, que salen beneficiados) y el ruido es fenomenal. Es lo normal; cada uno está en su papel, como debe ser. Aún así, sería deseable que para organizar tanto ruido no se abuse demasiado de cuentos chinos.